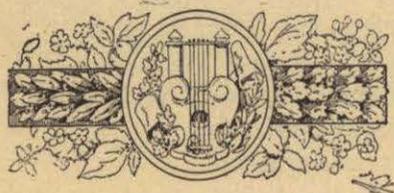


que rueda irresistible, arrolladora,
y hundiendo el nombre obscuro,
va del Pasado, envuelto en bruma densa,
al brillante horizonte del Futuro!
¡Ver cómo flota y flotará valiente
la obra mía en el piélago inclemente,
del uno al otro extremo de la tierra,
mientras aliente yo, cuando haya muerto,
como el audaz bajel, al que no aterra
la tempestad, y con el mar en guerra,
vuelve gallardo y triunfador al puerto!

Ese sueño tan dulce y tan hermoso
perturbará el reposo
de mi edad juvenil, y si no acierto
á eternizar mi halagadora idea,
que, á lo menos, mi pobre poesía
en otro corazón renacer vea,
y al calor de su dulce simpatía,
palpite en él feliz, y amada sea!



ERNESTO DE HERVILLY

EN EL JARDÍN

Las cinco. Me levanto;
salgo al jardín: ¡qué plácida frescura!
¡qué grata soledad!, ¡qué dulce encanto!,
¡qué paz tan deliciosa y tan segura!
Surgió ya la mañana;
pero ningún vecino todavía
se asoma inoportuno á la ventana.
El sol su primer rayo nos envía
y caprichoso encaje
de luz borda en el húmedo follaje.

Todo es hermoso y puro. Clavo ansiosa
la vista en una rosa,
que sin temor ni agravios,
coquetuela á la vez y candorosa,
ofrécame, á través de la enramada,
recién abiertos sus carmineos labios.
Me acerco, y la corola delicada
para mí exhala su exquisita esencia.
Avergonzado pienso, y confundido
que por el mero azar de mi presencia
el virginal tributo he recibido;
que con premio sobrado
pagada está mi matinal visita,
y, todo colorado,
le digo: «Usted perdone, señorita.»

DURANTE EL SITIO DE PARÍS

GUARDIA EN EL CAMPO

Es ya media noche. El cierzo
 sopla penetrante, frío,
 glacial, como en la explanada
 del legendario castillo
 de Elseneur. El arma al brazo,
 voy y vengo, helado y rígido:
 seiscientos veintidós haces
 de heno custodio y vigilo.
 En las horas apacibles
 de los ensueños idílicos,
 esa es mi consigna. Lejos
 suenan unos cuantos tiros,
 que el silencio augusto rompen
 de vez en cuando. Dormidos
 no están nuestros compañeros
 allá en la vanguardia; el pico
 pronto á la réplica tienen,
 si alza el gallo el enemigo.
 ¡Bravo, camaradas! Mientras,
 aguardo, siempre en mi sitio,
 la patrulla, y llevo al hombro
 un viejo fusil, roído
 por el hollín, como lleva
 en la fiesta del domingo
 cualquier devoto cofrade
 un ahumado Crucifijo.
 Paseo arriba y abajo,
 hago en el aire castillos;
 y cuando ruge á lo lejos
 la guerra, el olor pacífico
 del apilado forraje
 á boca llena respiro.

LAS BLUSAS NEGRAS

Veo á los chicos del barrio
 salir gozosos de escuela.
 Embadurnados de tinta,
 arrastran por las aceras

que dora el sol de la tarde,
 libros rotos de hojas sueltas.
 Los grandes, á pie juntillas,
 gritando y haciendo muecas,
 trazan los giros extraños
 de alguna danza grotesca;
 y los otros, los pequeños,
 rompen filas y se alejan
 para buscar afanosos
 la codiciada merienda.
 ¡Afortunadas criaturas
 sin cuidados y sin penas!
 Oyendo su alegre charla,
 que tan bulliciosa suena
 en el ambiente apacible
 de otoño, nadie dijera
 que devastan nuestros campos
 los horrores de la guerra,
 si en el tropel de muchachos
 de ropa rota y mugrienta,
 no viéramos otros niños
 —¡contraste que al alma llega!—
 paliduchos y ojerosos
 con flamantes blusas negras.